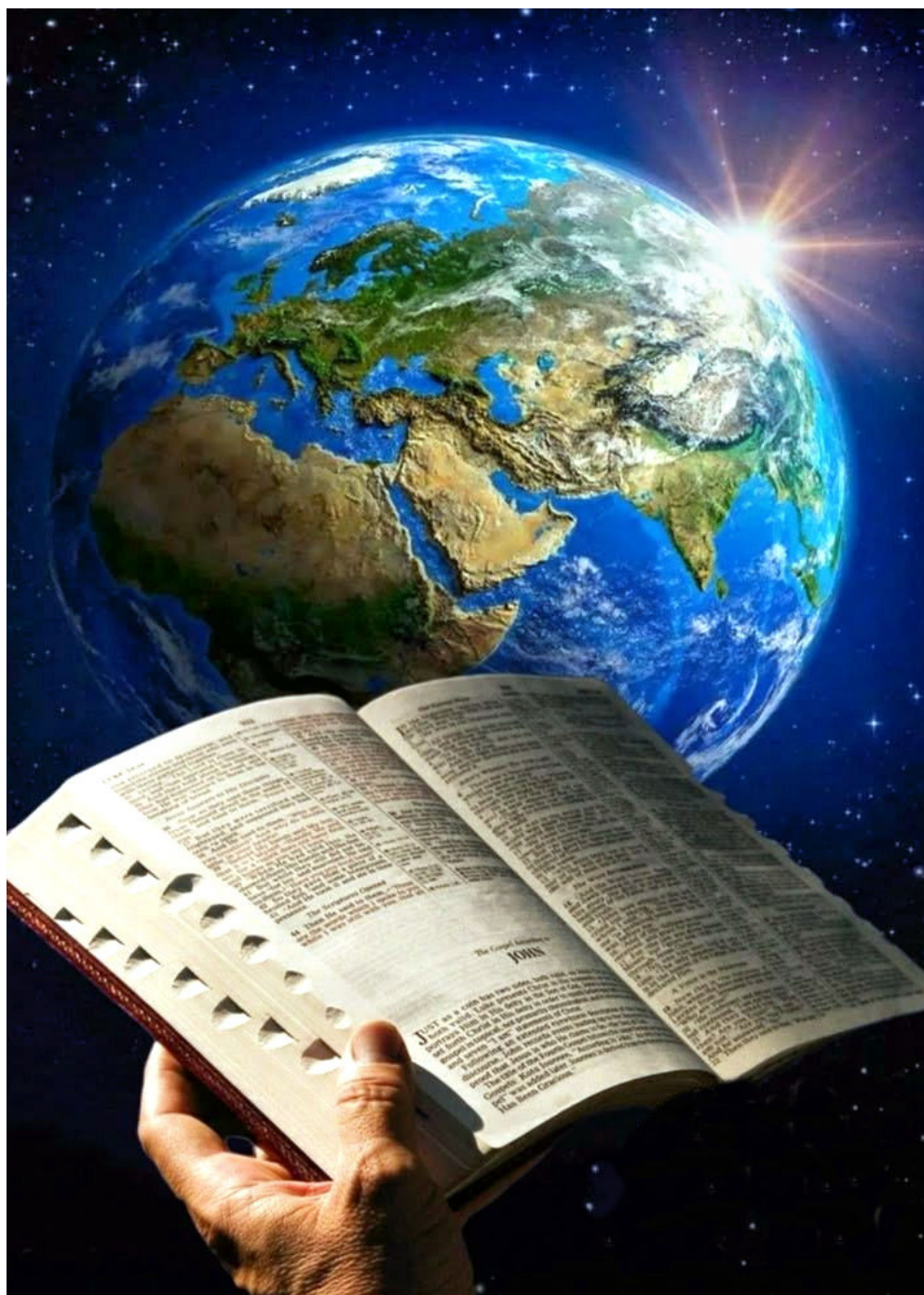


**Dios asciende
entre
aclamaciones,
el Señor al son
de trompetas.**

-Sal 46-



Domingo VII-A
La Ascensión del Señor



**LA ALEGRÍA
DE LA IGLESIA
ES ANUNCIAR
EL EVANGELIO.**



Mateo 28,16-20

**“Id, pues, y haced discípulos
a todas las gentes,
bautizándolas en el nombre
del Padre y del Hijo
y del Espíritu Santo,
y enseñándoles a guardar
todo lo que yo
os he mandado”.**



Este es el “mandato misionero”, el Evangelio vivo, con el que Jesús envía a los discípulos a evangelizar y bautizar a todas las gentes, porque todos pueden ya beneficiarse de los frutos de la redención. Este mensaje de salvación implica, en primer lugar, el deber de dar testimonio –sin testimonio no se puede anunciar– al que también estamos llamados nosotros, discípulos de hoy, para dar razón de nuestra fe.



Ante una tarea tan exigente, y pensando en nuestras debilidades, nos sentimos inadecuados, como seguramente los mismos Apóstoles se sintieron. Pero no debemos desanimarnos, recordando las palabras que Jesús les dirigió antes de ascender al Cielo: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Esta promesa asegura la presencia constante y consoladora de Jesús entre nosotros.



Pero, ¿cómo se realiza esta presencia? A través de su Espíritu, que lleva a la Iglesia a caminar por la historia como compañera de camino de cada hombre. Ese Espíritu, enviado por Cristo y el Padre, obra la remisión de los pecados y santifica a todos aquellos que, arrepentidos, se abren con confianza a su don. Con esta promesa Jesús inaugura el estilo de su presencia en el mundo como el Resucitado.



La presencia de Jesús Resucitado se revela en la Palabra, en los sacramentos, en la acción constante e interior del Espíritu Santo. La fiesta de la Ascensión nos dice que Jesús, aunque ascendió al cielo, está todavía y siempre entre nosotros: de ahí viene nuestra fuerza, nuestra perseverancia y nuestra alegría, precisamente de la presencia de Jesús entre nosotros con el poder del Espíritu Santo.

La fiesta de la Ascensión nos devela por qué existe la Iglesia:



la Iglesia existe para anunciar el Evangelio. ¡Sólo para eso!